

Temuco, señor Molina, os recibe con los brazos abiertos. Esta ciudad, que está trazando recién sus líneas de tal, a quien alguien llamó «la ciudad de los malones», recordando los tiempos no muy lejanos en que el indio raptaba por el sencillo expediente de la fuerza bruta a las doncellas blancas del lugar, ha ido subiendo con el esfuerzo generoso de sus habitantes, a un lugar cada vez más alto en nuestra patria.

Temuco, señor, es el centro de una zona que figura a la cabeza de los rubros estadísticos del país, en cuanto a producción agrícola y ganadera. El esfuerzo del agricultor, especialmente del parcelero, del hijuelero y del mediero, han hecho posible este milagro. En el campo intelectual, por muchas razones, Cautín tiene un lugar de honor. Pues bien, señor, a nombre de todos los sectores locales, como Alcalde de la ciudad, os doy la más calurosa y sincera acogida.

Por vuestra felicidad personal y por el gusto de teneros entre nosotros, brindo esta copa».

<https://doi.org/10.29393/At233-198SCRA10198>

DEL SEÑOR CARLOS ALVEAR

«Cuenta la leyenda que cuando un día llegó Sócrates a Atenas, lo salieron a recibir las doncellas atenienses ataviadas de mirto, llevando en sus manos de marfil, guirnaldas tejidas por las vestales.

El anciano filósofo emocionado, por tan inesperado recibimiento, se acercó al templo de Venus y depositó allí, como un homenaje a la belleza, las flores que le habían arrojado sobre su frente, nimbada con los fulgores del genio,

Los pebeteros de oro de la diosa humearon con el incienso que las vestales arrojaban en sus encendidos carbones, perfumando el ambiente, mientras Sócrates deshojaba ante los altares el ramo de mirto que llevaba entre sus manos aristócratas.

Hoy, señores, hemos recibido nosotros en nuestra joven ciudad de Temuco, que no ostenta más blasones que su es-

fuerzo y su cultura, a un discípulo del filósofo helénico y venimos a deshojar ante él, el mirto de nuestra admiración y a arrojar en los encendidos carbones de su preclara inteligencia el incienso noble y perfumado de nuestro afecto de ex alumnos de la Universidad penquista, en la cual es él, alma y antorcha de la juventud que se cobija en sus aulas prestigiosas.

Don Enrique Molina está en la Universidad como el artífice que se complace de su obra. Está animándola con el fuego de su cultura múltiple, con su abnegación sacrificada, con su prestigio continental, con su modestia admirable.

Tiene para la Universidad un afecto tan íntimo, que lo sabe infundir en la muchachada florida que lo mira como a un «mentor» y lo ama con delicadezas que sólo tiene una juventud que se sabe comprendida en sus inquietudes, en sus perspectivas y sus aspiraciones, como bien lo expresó nuestro Rector, en su magnífico discurso para las Bodas de Plata de la Universidad «en todo estudiante, dijo, bulle un futuro ciudadano que deberá ser un ciudadano de selección, de élite. La atención que otrora se consagraba a la educación de los príncipes porque iban a gobernar tenemos que consagrarla ahora a nuestros muchachos universitarios, porque en ellos van a recaer las funciones directivas de la sociedad. Son los príncipes herederos de la gran familia que es la democracia. Por el futuro de esta causa grande y por el porvenir nuestro debe la Universidad infundir en el alma juvenil la expresión de la euritmia que buscamos en la cultura, a fin de crear en el hombre la amplitud esperanzada de sus doctrinas filosóficas y éticas.

Ha sabido el Rector magnífico identificarse, hacerse carne y espíritu con la Universidad. *le ha dado su tiempo* que debiera haber consagrado a la tranquilidad de un descanso notablemente conquistado en el magisterio; *le ha dado su talento*, dotado con ricos dones de pedagogo ilustre; *le ha entregado su paz*, para estar en medio del bullicio de las aulas como maestro insuperable, *le ha orendado las riquezas de sus experiencias de estudioso*.

dictando conferencias y Cursos Libres de Filosofía: *la ha orientado con libros escritos* cuando en silenciosas meditaciones ha recorrido los caminos de Grecia, en la búsqueda de la verdad que flota en las obras de Sócrates, de Platón, de Aristóteles: *la ha enriquecido con las experiencias* recogidas en sus viajes de estudio, por Europa y al través de América, especialmente en Estados Unidos, difundiendo la fecunda semilla de la renovación espiritual que tanto anhelamos.

Ha hecho muy suyos los lemas de la Universidad, pues ha procurado siempre, con sutileza y con talento, «el desarrollo libre del espíritu» entre catedráticos y universitarios, y «la verdad y el esfuerzo», han sido el norte de sus actuaciones como Rector y Presidente de la Universidad.

Los que tuvimos la honra de conocerlo en las horas iniciales de la Universidad, sabemos cuál era el noble espíritu de nuestro egregio festejado, al trabajar para dar vida y consolidar ese Centro que lleva vinculado indisolublemente a su existencia, el nombre respetable de don Enrique Molina.

Cientos son los egresados que recordamos al maestro. Cientos los que nos enorgullecemos con ostentar en nuestro título de profesionales el nombre de la Universidad de Concepción. Y muchos más los que reconocemos y admiramos a don Enrique Molina como lo más representativo de la intelectualidad penquista, y más aun como el intelectual americano que ha sabido dar a conocer el nombre de Chile en otros centros de cultura superior, en Academias, Ateneos y Universidades extranjeras, por medio de sus actuaciones y directivas de auténtica jerarquía de pensador y de catedrático.

Hoy Temuco está de fiesta. De fiesta del espíritu. De fiesta al ver llegar hasta ella un hombre que es sacerdote de la inteligencia. De fiesta porque ha llegado desde las márgenes del legendario río en que se recuesta Concepción, uno de los valores más preclaros que tiene nuestra tierra. De fiesta, señores, porque la figura de Ariel y de Próspero, que nos describe

Rodó, está entre nosotros, con su palabra cálida de emociones y plena de la belleza que da la inteligencia y el cotidiano contacto con las estrellas y con las constelaciones del espíritu.

En torno a esta mesa, presidida por uno de los valores espirituales más dignificados de Chile, admiro su silueta estilizada, su figura sobria, austera y señorial, y me imagino, señores, que cruza un soplo de auras egregias descendidas del Areópago ateniense, en simbólico saludo a uno de sus académicos, incorporado todavía a nosotros en la plenitud de nuestro siglo.

Don Enrique: excusadme esta expresión familiar, desprovista quizás de las fórmulas que el protocolo y la oportunidad aconsejan; pero vuestros ex alumnos universitarios, en cuyo nombre estoy tejiendo estas palabras sinceras y afectuosas, nos sentimos, con afecto tan íntimo, ligados a vos y a vuestra Universidad, que no hacemos otra cosa que retribuir esa paternal y amable confianza que vos nos dispensáis.

Os saludamos, pues, los ex alumnos de la Universidad de Concepción, con cariño y con respeto, y estad seguro que vuestra visita y que vuestro nombre ilustre, quedarán grabados en las páginas de oro en el historial de nuestra joven ciudad. Y sobre todo el renovado estímulo que nos dais con vuestro dinamismo extraordinario, con la lozanía de vuestro dilecto espíritu, el fervor por la acción continua y permanente de avanzar siempre con ritmo palpitante de emoción tras la verdad, la justicia y la belleza.

Me parece oír de vuestros labios decir con el poeta:

«Lo que emociona al corazón es el espectáculo de la batalla, de esta hermosa lucha sin tregua, que retumba de siglo en siglo bajo la gloria del sol.

¡Dadme el corcel de guerra que galopa relinchando de gozo en las llanuras, al oír la voz de los clarines! ¡Dadme la vieja espada, la que tiene en el puño un emblema y una leyenda caballeresca en la cortante hoja. Quiero correr por el mundo con sagrados frenesíes, ebrio de gloria inmensa, dibujando con mi espada en los cielos la centella de un ideal».